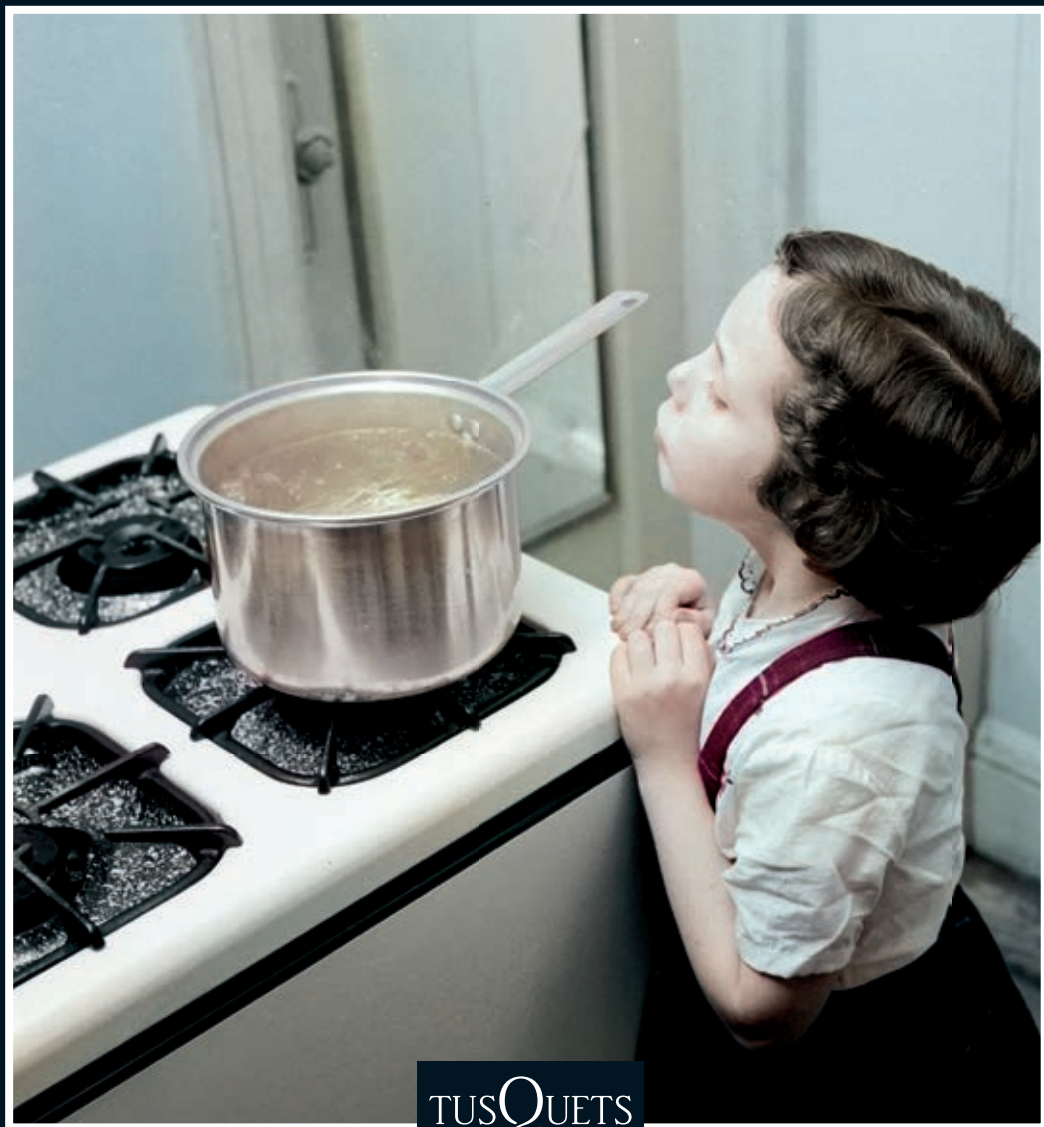


Almudena Grandes

ESCALERA INTERIOR

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

ALMUDENA GRANDES ESCALERA INTERIOR

Edición y prólogo de Elisa Ferrer

TUSQUETS
EDICIONES

Índice

Prólogo: Cielo claro, sin nubes, <i>por Elisa Ferrer</i> . .	13
Unos ojos tristes	19
HÉROES Y VECINOS	
Otras familias	
Las estaciones de un tren eléctrico	27
Las piedras sintéticas	31
Historia de una chaqueta	35
Pereiras y Marotos	39
No era una película	43
Una famosa tarta de chocolate	47
La sonrisa de los espejos	51
El jardín del aventurero	55
Alemania, en dos tiempos	59
Adelaida, Charo y las demás	
Una antigua ternura	65
La pobre Adelaida	69

Sol, y sombras	73
Viernes por la noche	77
Las mejores amigas	81
Adela y el aquagym	85
El cansancio de la abuela	89
El instante decisivo	93
Una vocación tardía	97
El triunfo del profesor Salgado	101
Ella, hasta el final	105
La herencia de la tía Charo	109
La raya oscura	113
Una terapia imprevista	117
Una historia de terror	121

De grandes romances (y alguno frustrado)

Dos escalas en Estambul	127
Al otro lado de la pared	131
Elke y Matías	135
Las espinas de la verdad	139
Una terapia alternativa	143
El amor, a los catorce	147
Chocolate con picatostes	151
23-F, una historia de amor	155
Medina del Campo, agosto, 1967	159
La conjura de los botones	163

Pequeñas batallas

¡Campeones, oé, oé, oé!	169
-----------------------------------	-----

Cuento de Navidad	173
La dignidad intacta	177
El tesoro del capitán Flint	181
Ella no era una mujer insensible	185
Unos ojos verdes	189
El sabor de la cerveza	193
Un cierto olor a gasolina	197
Los números decimales	201
La juventud entre cuatro paredes	205
El milagro de La Nueva Gloria	209
Una lista de cosas importantes	213

Memoria para la desmemoria

Ayer, hoy, mañana	219
Mercedes la de los Grifos	223
La historia de un hombre admirable	227
Ningún otro lugar al que acudir	231
Comentario de texto	235
Los ojos de Miguel	239
Una emoción de más	243
Dos niñas que jugaban	247
La excursión de Emilio	251
La muerte después de la muerte	255

CASA GRANDES

Álbum familiar

Mirando al cielo	263
Rosas azules	267

Pintar la casa	271
El prado de Irene	275
El tiempo, la amistad y los chipirones	279
Un soneto en el fregadero.	283
Historia de un olivo	287
Unas fiestas, las fiestas.	291
La vida eterna	295
La piel de mi barrio	299
Historia de un local	303
La Puerta del Sol.	307

Negrín

Hacer las cosas bien	313
El ratón y el pajarito	317
El perdón de mi gato	321
Los ojos más verdes del mundo	325
Elegía.	329

Días de lonja y gazpacho (diario estival)

La vida que me espera.	335
La fórmula de la alegría.	339
El verano en mi nevera.	343
Los derechos de las minorías	347
La canción del verano.	351
Una playa como una isla	355
Cuarenta y dos kilos de felicidad	359
El último gazpacho.	363
Adiós a todo esto	367

...y mañana, Navidad	
El espíritu de la hierbabuena	373
Regalo de Reyes.	377
La magia ya no es lo que era	381
La voz de mi madre	385
Ocho mil ciento ochenta y seis.	389
Feliz Año Nuevo.	393

Otra historia de amor	
Un fenómeno difícil de explicar.	399
Una terca incertidumbre	403
Otra historia de amor	407
Navegar es necesario	411
Tesoros escondidos	415
¡Viva Galdós!	419
Un grano de trigo	423
La historia de Montag.	427
Contra la basura	431
Las sortijas de la escritora	435
Mi marido nos hace la foto	439
El aire de una mañana de primavera	443
Gracias, de todo corazón	447

Un adiós	
Tirar una valla	453

<i>Fecha de aparición de los textos</i>	<i>457</i>
---	------------

Las estaciones de un tren eléctrico

Primero tuvo que encontrarlo. Eso fue lo más arduo, lo más difícil de todo. Tanto, que aplazó el proyecto un año entero.

Desde que se quedó viudo, sólo había una cosa que le doliera tanto como mirar hacia los maleteros de los armarios, y era subir al trastero para enfrentarse con una prodigiosa arquitectura de cajas y más cajas de todos los tamaños, perfectamente precintadas y etiquetadas con aquella letra elegante y picuda que su mujer había aprendido de pequeña, en el colegio, para no perderla jamás. Por eso, y aunque sabía más o menos dónde estaba, el año anterior había renunciado a buscar su tren eléctrico, pretextando ante sí mismo que su nieto mayor aún era demasiado pequeño para apreciarlo.

Este año, sin embargo, se armó de valor y bajó con él a mediados de septiembre, antes de que aflojara el calor. Nunca podría decir que fue fácil, y sin embargo,

al depositarlo sobre la mesa del comedor, se felicitó a sí mismo por aquella hazaña. Mientras iba sacando de la caja los vagones, las vías, las estaciones, sintió una misteriosa sensación de convalecencia, la contraseña física de una melancolía templada y diferente, y las yemas del niño que había sido en las puntas de los dedos.

No existía otro tren como aquel en el mundo. Su madre nunca habría logrado reunir el dinero suficiente para comprárselo, pero su padre, en la cárcel, tenía mucho tiempo. Él fue quien le hizo aquel tren poco a poco, pieza a pieza, con retales de hojalata que iba llevándose del taller ferroviario donde redimía pena por haber cumplido con su deber. Capitán de ingenieros, muy buen dibujante y muy habilidoso, fue copiando los vagones del natural y nunca estuvo solo. Sus compañeros se dieron cuenta enseguida de lo que se traía entre manos, y todos colaboraron, haciendo cada uno lo que sabía. Así, durante años, su madre le fue trayendo de la cárcel las primeras piezas de aquel tren, vías, puentes, locomotoras primorosas, hechas, montadas y pintadas a mano, cada una con sus imperfecciones, y unas admirables estaciones de madera, obra de quien había sido el mejor carpintero de la provincia de Segovia antes de convertirse en un preso más.

Después, cuando su padre cumplió su condena, se reunía los domingos por la tarde con los coautores de

aquel prodigio, y entre todos lo electrificaron, pegaron las vías sobre un tablero plegable de madera y le pusieron pasos a nivel, túneles, montañas. Disfrutaban igual que él, tal vez más, y por eso el dueño del tren, tan desordenado y destrozón como cualquier niño, fue siempre muy cuidadoso con aquel juguete. Tanto que cuando su propio hijo tuvo nueve años, lo quitó de en medio porque le dio la sensación de que no lo apreciaba. Su mujer se lo reprochó, no seas así, hombre, si no es más que un niño, pero él fue inflexible. Cuando quieras jugar con él, le dijo, lo sacamos y jugamos juntos, pero mientras tanto prefiero guardarlo...

Ahora, aquel niño que había llorado tanto por el destierro de aquel tren exiliado en el trastero era el padre de otro niño, y su abuelo, con esa blandura inexplicable de su condición, había decidido convertirle en el propietario de aquel extraño y precioso juguete. Después estuvo más de dos meses arreglándolo, reparando los desperfectos, pintando los desconchones, comprando, y probando, y ajustando nuevos mecanismos para aquellas viejas y maravillosas locomotoras. Y el día de Reyes volvió a meterlo todo en su caja de madera, lo envolvió con papel de regalo, le puso un lazo y se fue con él, a la hora de comer, a casa de su nuevo propietario.

Lo que ocurrió después no fue en absoluto lo que había calculado, pero en cierta manera fue mucho me-

jor. Al verle llegar con aquella caja tan grande, su nieto se puso como loco, y cedió el turno a sus hermanos, a sus primos, antes de cogerla entre las manos. Su abuelo no había comprado ninguno de los regalos que hizo aquel día. De eso se había encargado su hija pequeña, que le dio dos bolsas muy grandes al llegar, para que las repartiera. Y todos sus regalos tuvieron mucho éxito, porque la compradora se había encargado de que respondieran a peticiones expresas, escritas en sus cartas. Todos, menos aquel, su tren eléctrico, que por el tamaño parecía una videoconsola, pero no lo era.

Y sin embargo, la decepción de su nieto, que le dio las gracias con desgana, obligado por los pellizcos que le propinaba su madre desde atrás, no le afectó tanto como la alegría de su padre, aquel niño que no había sabido apreciarlo cuando tenía la edad del frustrado videojugador, y que le miró con los ojos húmedos, las manos temblando y un silencio más elocuente que cualquier palabra, antes de darle un abrazo tan fuerte que le hizo daño.

El resto de la tarde lo pasaron los dos jugando con el tren, en el comedor, y él pensó que a su padre no le habría disgustado el final de esta historia.